

El Mensaje de la Reforma¹

Rudolf Obermüller.

¿Qué predicaremos en el día de la conmemoración de la Reforma? No es cuestión de cantar loas a los prohombres del protestantismo o a la obra que ellos realizaron hace cuatro siglos; tampoco de recomendar el protestantismo por sus supuestas excelencias. El mensaje que proclamamos debe ser algo más substancial, debe ser el evangelio mismo que despertó a Lutero y su conciencia. Debe ser proclamación de verdades y realidades tan perdurables como actualizadas.

Existe, sí, un texto consagrado: el mismo que Lutero recitó en la misa del 1º de noviembre, el día siguiente a la publicación de las "Noventa y cinco tesis", y que hasta hoy figura en el programa homilético de todas las iglesias luteranas del mundo. Son las Bienaventuranzas del Sermón del Monte (Mateo 5:1-12). Además, se halla el mensaje de la Reforma en pasajes como los siguientes: "Dio El su voz" (Salmo 46); "Permaneced en mi palabra; si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:31-36); "El celo de la casa de Dios me consumió" (Juan 2:13-17); "Justificados por la fe estamos muertos a la ley" (Galatas 2:16-21); ".Manteneos firmes en la libertad" (Gálatas 5:1-Í5); "El fundamento está puesto, el cual es Jesucristo" (1ª Corintios 3:11-23). Sobre estos textos se predicará en las iglesias luteranas; ellos contienen el mensaje esencial de la Reforma, y predicándolos daremos el mensaje necesario y adecuado, uniéndonos en un mismo sentir con los reformadores de antaño.

En la América del Sur tenemos que predicar en un ambiente caracterizado como "latino". Muchos se esforzarán, en consecuencia, por justificar la presencia de los evangélicos en estas tierras. No es necesario hacer esto. El Evangelio se justifica a sí mismo. Pero en nuestros países, la presentación del Evangelio tiene un carácter particular. Hay muchos grupos que no piensan en divulgar el mensaje porque ya tienen un campo delineado para su labor cristiana. Entre los primeros inmigrantes ya hubo dos luteranos: Ulrico Schmidel, en el Río de la Plata, y Juan Staden, en el Brasil; pero no eran misioneros. Los hugonotes del Brasil se retiraron después de una desastrosa experiencia. Los grupos, posteriores, luteranos y reformados, ingleses, escoceses, alemanes, franceses, suizos, valdenses, galeses, dinamarqueses, noruegos, suecos, húngaros, estonios, letones, etc., se preocuparon más por "conservar su herencia, respetando a los pueblos que les dieron hospitalidad, no entrometiéndose en su vida religiosa"; no quisieron importar a Lutero o Calvino; los consideraban meramente como parte de la historia europea. A su lado se formó entonces otra corriente protestante, nutrida por movimientos con base en Inglaterra, Escocia y Norteamérica, interesados en la evangelización del continente. Consiguieron alcanzar a muchos latinoamericanos. El carácter peculiar de este movimiento es su énfasis sobre el evangelismo (si queremos calificarlo como un "ismo"), sin referencia a luteranismo ni calvinismo; y esto significa la oportunidad noble y gloriosa de dar el mensaje sin sujetarlo a cualesquiera nombres u hombres o herencias y tradiciones. El mensaje de la Reforma en la

¹ Publicado originalmente en **EL PREDICADOR EVANGELICO**. Buenos Aires, Nro. 34, Vol. IX, pp. 97 – 104, Octubre – Diciembre de 1951

América Latina, puede ser un mensaje profético del ecumenismo, a la manera del de Martín Bucero en Alsacia, cuyo cuarto centenario se conmemora este año 1951. Ciertamente nos falta mucho aún para dar clara expresión a este carácter particular nuestro; sin embargo, nuestra oportunidad para hacerlo es notablemente importante.

Hemos de predicar, pues, con base en los mismos principios que orientaron a los reformadores, utilizando el material de nuestro tiempo y de nuestro momento en la construcción. Recordemos esos principios para saber aplicarlos a nosotros y a nuestros oyentes.

* * *

Un cielo gris con nubes bajas, empujadas por un violento viento de otoño cubría el horizonte de la pequeña ciudad de Wittenberg, situada cerca de la frontera oriental de Alemania. Corría el año 1517. Los dos mil habitantes de la ciudad, en su mayoría pescadores, gente del campo o comerciantes, y una minoría de estudiantes universitarios y funcionarios del gobierno, estaban preparándose para la fiesta de Todos los Santos. Por entre ellos, casi inadvertido, pasa un monje agustino que algunos identifican como un conocido profesor de teología bíblica de la Universidad local. Ya hacia la iglesia del castillo, donde al día siguiente se habrían de desarrollar los solemnes oficios de la festividad religiosa, y en cuya puerta se exhibe un tablero para anuncios de la universidad. En ese tablero clava un papel, escrito en latín, con 95 tesis académicas sobre la correcta distribución del tesoro de la iglesia, invitando así a una discusión académica sobre unas cuestiones surgidas en el confesionario. Nada más sucedió aquella mañana. Pero aquel acto, aparentemente de poca importancia, resultó el más significativo en la historia de su siglo y del mundo. Dio motivo a un movimiento religioso, cultural y político que aun subsiste. Fue como la eclosión de algo que estaba listo para aparecer. Es el primer brote visible de algo que llegaría a ser un gran árbol con vastas ramificaciones; pero la raíz misma está bajo tierra, y es invisible desde afuera. Y si el 31 de octubre de 1517 fue el principio de la Reforma, se comprende al mismo tiempo que el origen de ese principio debe venir de más atrás. Y si queremos celebrar la fecha histórica en su significación permanente y actual, es en ese origen, esa base, esa raíz, en lo que hay que fijar la atención.

Hubo otros brotes después del día de Wittenberg. Se notó algo el día de Worms, cuando el autor de las 95 tesis tuvo que asumir la responsabilidad de su pensamiento ante el emperador, los cardenales, los representantes de Europa, y proclamó: "A menos que se me convenza con testimonios sacados de la Biblia o por una razón de evidencia sencilla, estaré obligado por los pasajes bíblicos que he citado. Mi conciencia está cautiva de las palabras de Dios. Hacer algo en contra de la conciencia no está libre de peligros, ni es honrado. Que Dios me ayude. Amén". Otro brote de la misma raíz aparece cuando el testigo de Worms en la soledad del Wartburgo toma la pluma y los libros para traducir al idioma nacional de su pueblo el mensaje del Nuevo Testamento. De la misma raíz sale otro brote en Marburgo, cuando se entablan conversaciones entre gente de Zurich, Estrasburgo y Wittenberg, acerca del significado del sacramento de la Santa Cena, y Lutero considera más importante interpretar la palabra de Cristo literalmente, que mantener la fraternidad cristiana a expensas de la doctrina o colocar intereses políticos por encima de la sinceridad de su conciencia.

Y si miramos hacia Ginebra, vemos brotar un árbol gemelo del que se levanta en Wittenberg. Brota de la misma semilla cuando Juan Calvino levanta su voz para luchar contra el

libertinaje moral y la indiferencia religiosa, con el fin de reformar una cristiandad que se había deformado por su complacencia con el mundo.

El principio básico de la Reforma se ha de buscar, pues, en un nivel que trasciende la mera descripción histórica o sociológica. Se halla en una experiencia de la Biblia. Este es el denominador común de las varias formas que la Reforma tomó en su desarrollo. Y la experiencia de la Biblia era primordialmente una experiencia con Cristo, y por Cristo con Dios. Una experiencia con Dios —he aquí la raíz profunda y permanente de la Reforma.

* * *

La actitud común de los reformadores, de todos ellos, es tomar en serio el mensaje de las Escrituras. Su vocabulario es diferente, su filosofía es distinta en cuanto a ideario y lenguaje, pero la meta a que aspiran y el impulso que los inquieta son idénticos.

Se someten a la soberanía de Dios, a la "Majestad tremenda", que no discuten. Reconocen incondicionalmente su libertad divina, libertad de manifestarse o de retener sus planes en secreto, como le plazca. La reconocen existencialmente, tomando la posición correspondiente para el hombre frente a tal Señor que tiene poder de dar plenitud, tanto como de condenar a la Nada. El hombre no puede eludir su responsabilidad de ejecutar la voluntad de su Dios Único, manifiesta en los diez mandamientos que constituyen la legislación de Dios. La posición del hombre frente a tal Ley se caracteriza como la condición de un siervo que en la profundidad de su alma hasta siente horror de su Señor, porque puede provocar la ira e indignación de su Señor cuando no le obedece por mala voluntad. Pero el mismo hombre ha sido enfrentado con otra manifestación de la voluntad del mismo Dios, manifestación en la Crucifixión y Exaltación de Jesucristo que constituye un nuevo pacto de Dios con el hombre. La posición del hombre frente a tal Evangelio igualmente majestuoso se caracteriza como la condición de un niño que está sostenido por el amor de sus padres, por los sacrificio-que hacen en su favor, que le salvan la vida a pesar de sus muchas desobediencias. Es misteriosamente un mismo Dios en ambas manifestaciones, soberano en la Ley y soberano en el Evangelio. Y la religión del cristiano es pues, respetar tanto la misericordia como la ira de Dios, manifestar en toda su vida el respeto por la voluntad de su Padre. Este sería el principio básico de la Reforma, tanto en Lutero como en Calvino.

Es necesario pues tener certidumbre personalísima sobre la voluntad de Dios "hacia mí". Para adquirirla, hay una sola posibilidad, y es ésta: que Dios me hable y se me manifieste. Todo depende de la Palabra de Dios. La palabra personal revela los propósitos, garantiza la buena voluntad, promete la fidelidad, advierte contra peligros como ningún otro medio de comunicación de pensamientos. Pero, ¿dónde podemos escuchar la palabra de Dios de persona a persona? Cristo es la Palabra por el Espíritu Santo. Y hay una grabación de la Palabra de Dios, pasada por los sonidos de palabras humanas —en la Biblia. Escuchando el mensaje bíblico, pues, podemos aceptar personalmente la palabra de Dios. Para este acto de obediencia que Dios quiere despertar al dirigirnos su palabra, los reformadores usan el término "Fe". La fe no puede ni debe ser reemplazada o desplazada por nadie ni nada; ni por personas autoritarias ni por cosas sagradas ni por las doctrinas de ninguna clase de iglesia o secta. En la fe, el hombre recién se constituye como hombre, actuando y recibiendo simultáneamente. En la fe el pecador se convierte en santo de Dios y simultáneamente confiesa que es un pecador siempre necesitado de gracia. El énfasis sobre la fe en la palabra que nos alcanza por medio de la Biblia, es un principio básico de la Reforma.

¡Pero cuánto cuesta mantener la fe en Dios! Porque donde brota la fe, en seguida se presenta la lucha espiritual por la fe. Dice el profeta Isaías (28:19) según la interpretación de Lutero: "sólo en medio de la adversidad prestamos verdadera atención a la Palabra de Dios". Dice el salmista (110:2) que Cristo reina en medio de sus enemigos; es un texto predilecto de Lutero. Y comentando a Habacuc, afirma: "Nuestra fe es fe de milicia; cuanto más fe tanto más acosamiento". "Sólo en medio de las tinieblas brilla la luz", es el testimonio de los valdenses. Sólo en medio de incertidumbres actúa la certidumbre de la fe cristiana. La lucha heroica, paciente, perenne, escatológica, durante toda la vida es pues connatural con la fe. La fe que lucha es un principio básico de la Reforma.

El impulso originador de la Reforma se ha de buscar pues en el respeto de la soberanía de Dios, manifestada en su misericordia y su ira, en el énfasis sobre la fe en la Palabra y sobre el coraje de luchar por la fe. De este origen se derivan las aplicaciones de los principios en el campo práctico, en las iglesias, en la moral, en la sociedad, la economía, la política, etc. etc. Hay una notable homogeneidad en los conceptos de los reformadores; la función de la fe centrada en la revelación de Dios en Cristo, es universalista, se extiende a todas las exteriorizaciones de la vida espiritual del hombre en la cultura y la civilización.

* * *

La posición de la Reforma frente a las iglesias es notoriamente una posición crítica. La Reforma, vista por los ojos del historiógrafo, nació como una reacción revolucionaria contra la iglesia romana del Siglo XVI. Pero visto por los ojos del teólogo, su nacimiento tiene causas debajo de la superficie históricamente visible. Sería un gran error aducir el significado de la Reforma a "antirromanismo" y protesta. La posición eclesiológica de la Reforma es según Lutero ésta: "entre nosotros, un niño de siete años ya sabe qué es la iglesia, quiere decir, los santos por la fe, las ovejas que obedecen a la voz de su guía". "En la iglesia y sus cultos nada puede tolerarse que no pueda ser demostrado por la Palabra de Dios". Con esta posición, la Reforma establece un criticismo contra cualquier eclesiasticismo, también y aún contra un eclesiasticismo evangélico, y contiene el fermento de un verdadero ecumenismo que supera toda índole de organizaciones eclesiásticas. No olvidamos, sin embargo, que las iglesias de la Reforma no siempre estuvieron a la altura de este su principio.

La aplicación de los principios de la Reforma en el campo de la moral es también criticista, y por eso bien difícil. Al parecer, el interés dominante por la fe lleva a la indiferencia por la moral practicada. La alegría gozosa cansada por el Evangelio del perdón de los pecados, por la "justificación sola fide" puede a veces desplazar el temor reverente de la Ley de Dios; la crítica del orgullo religioso que cree haber cumplido con las prescripciones religiosas puede hasta suprimir el celo por llevar una vida santificada. Es el problema perenne de cualquier paulinismo no dialéctico. Sin embargo, vemos, tanto en la enseñanza de Lutero como en la práctica de Calvino, que el criticismo de las "buenas obras" no lleva necesariamente a la indiferencia contra la acción. El concepto de la moral es supeditado a la fe, pero al ser supeditado, es igualmente incluido en la totalidad de la vida cristiana. Aunque frente al juicio soberano de Dios no haya ni la menor posibilidad de vanagloriarse o buscar seguridades en obras buenas y santas, la vida social reclama urgentemente nuestra acción desinteresada. Teniendo el respaldo de la justificación delante de Dios por medio de la sangre de Cristo y de la esperanza incondicional en la gracia de Dios, tenemos tanto más libertad para servir desinteresadamente al prójimo,

invirtiendo las energías que no se necesitan para ganar el favor de Dios, en la actividad de dar participación al prójimo en la gracia de Dios. Toda la materia prima para la vida humana la recibimos gratuitamente (y siendo pecadores, inmerecidamente) de Dios, de modo que todo cuanto elaboramos usando esa materia llevará la marca de su origen. (Hasta aquí la ética de los reformadores es crítica contra cualquier humanismo activista autosuficiente. Los productos elaborados con la materia prima servirán a la comunidad, su única utilidad es para el prójimo (no para nosotros mismos), y trabajando los unos para y con los otros, gozaremos de los frutos de la fe. (Y aquí la ética de la Reforma es infinitamente positiva.) Este concepto se reflejará en lo social y económico. Aunque el punto de partida es la fe personal, el camino a recorrer no se caracteriza por el individualismo. Es erróneo, ver el significado de la Reforma en la apertura de las esclusas para el moderno individualismo. Porque los que han contestado al llamado de la Palabra, aceptándola en fe, forman en adelante un pueblo, unido por la palabra y la fe. Quienes han hecho la experiencia básica de su dependencia exclusiva de Dios, están preparados para vivir en una sociedad de dependencia mutua que preconiza el amor de Dios en Cristo, rescatando los pecadores y extraviados para santificarlos. Se dedicarán a una economía que presupone el trabajo desinteresado, trabajo en común, para utilidad del prójimo, en la familia, en el municipio, en la nación entera, en la humanidad total. Sea Lutero que lo diga con estas palabras: "Condenada sea cada vida que es ególatra y arbitraria; condenadas sean todas las excelencias que no cuadran dentro del límite del amor"; sea Calvino quien exhorte a los elegidos de Dios a comprobar su ciudadanía en el Reino de Dios por medio de su trabajo para la gloria de Dios, por su laboriosidad y su abnegación democrática; sea el pastor valdense que despide a la congregación invitándola a acordarse de los enfermos y las viudas —en cada caso se nota la responsabilidad social y económica del que vive por la fe y porque vive por la fe.

La misma posición política de la Reforma no puede entenderse sin considerar su raíz en el respeto por la soberanía de Dios y en la fe. Los reformadores no se arrodillan delante de ningún poderoso porque se arrodillan exclusivamente delante de aquel Rey que está en la cuna de Belén. No identifican su causa con ningún interés económico, político o nacionalista ni internacionalista. Ejemplos clarísimos hay en la actitud de Lutero en Worms, en Augsburgo, en Marburgo y hasta en su muy problemática actitud durante la revolución agraria. Aunque Lutero haya dicho que "ha nacido para sus queridos alemanes" y Calvino exprese que "ha escrito para sus franceses", ellos no confunden este sentimiento familiar y hogareño con una orientación cerrada nacionalista o imperialista. La Reforma no conoce un imperialismo protestante; al contrario, es crítica contra tales empresas. Los reformadores exigen de sus gobiernos que no interfieran con la soberanía de Dios sobre las conciencias libres para la fe, y exigen asimismo a la iglesia que no comprometa la soberanía del Dios misericordioso, reclamando poderío de espada o autoridad legislativa; esto no sería adecuado para el reinado del Cristo humilde de Belén y el Gólgota que manifestará su gloria de Redentor en su día ansiosamente esperado. Al acercarse la avalancha de los ejércitos turcos contra el baluarte del mundo occidental, la ciudad de Viena, el emperador llamó a una cruzada en nombre de Cristo, pero Lutero no aceptó la invitación para alistar a los protestantes en tal cruzada; si hay guerra, será en defensa del prójimo, pero no en defensa de Cristo. Tal oposición a una cruzada, sólo se explica por el principio básico de la fe.

* * *

El porvenir del protestantismo dependerá pues de la medida de su lealtad a la inquietud espiritual que dio fuerza a su origen. Es muy promisorio la inquietud que las iglesias sienten actualmente. Ella puede llevar a un mutuo acercamiento en un ecumenismo promovido por motivos verdaderamente espirituales. Pero sería casi la muerte del protestantismo si los motivos se redujeran a crear una organización cuya solidez estuviera en sus estatutos o en un frente unificado ante la amenaza de adversarios o en el agrupamiento de iglesias confesionalmente petrificadas. Faltaría el criticismo eclesiológico de los primeros reformadores. Pero si se sienten desafiadas por la necesidad de presentar un mensaje tan poderoso como lo fue la voz de los reformadores, enfrentando la angustia del hombre actual frente al abismo de la Nada, mensaje poderoso por su base en la Palabra de Dios, habrá un despertar espiritual para una obra común de utilidad al prójimo.

¡Que Dios bendiga así la conmemoración de la Reforma!

Rudolf Obermüller.